

MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto



conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura
Argentina

Autoridades

Presidente de la Nación

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Cultura de la Nación

Prof. Tristán Bauer

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretaria

María Guadalupe Conde

Vocales

Cdra. Marisa Alfiz

Lic. Adriana Lis Maggio

Daniel Lorente

Elsa Inés Tañski



MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo
María Teresa Andruetto

Malvinas : memorias de infancias en tiempos de guerra / Isol ... [et al.] ; compilación de María Teresa Andruetto ; Prólogo de María Teresa Andruetto. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares, 2022.
168 p. ; 28x 20 cm. - (Biblioteca Popular)

ISBN 978-987-1696-34-5

1. Literatura Argentina. 2. Guerra de Malvinas. I. Isol II. Andruetto, María Teresa, comp. III. Andruetto, María Teresa, prolog. CDD 997.11

Idea y coordinación general
María Julia Magistratti

Coordinación editorial
Esteban Gutiérrez
Laura Rovito

Diseño y diagramación
Ariana Jenik

Producción
María Celeste Albe

Ilustración de tapa
Isol Misenta

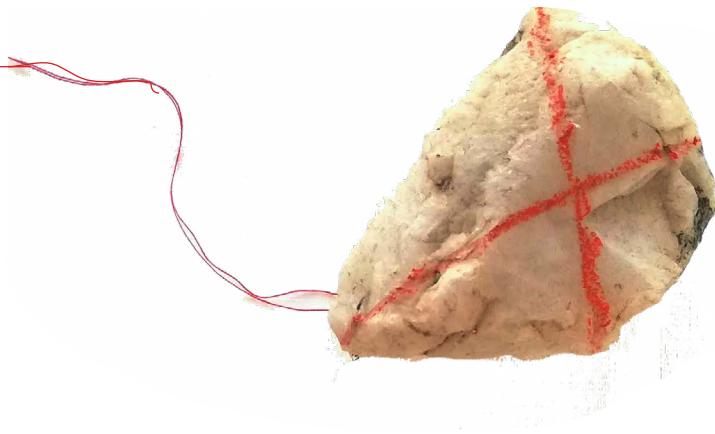
Colaboraron en esta edición:
Marisa Alfiz, Noelia Ale, Paola Molina, Gisela Miliani

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-34-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.





MALVINAS

Memorias de infancias en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto

Índice

Presentación,	11
Prólogo de María Teresa Andruetto,	14
Isol Misenta / <i>Aires del '82</i> ,	18
Fernanda García Lao / <i>Niña sin patria</i> ,	20
Roberta Iannamico / <i>El cuento de Malvinas</i> ,	28
María Elina Méndez / <i>Yo y la guerra</i> ,	32
Luciano Saracino / <i>Flores</i> ,	34
Mariano Quirós / <i>Los vendedores de enciclopedias</i> ,	40
Matías Trillo / <i>Pastosa emanación de matadero</i> ,	46
Ariel Williams / <i>La noche de los focos</i> ,	48
Julián Axat / <i>Chimbote y temerario</i> ,	56
Poly Bernatene / <i>Me lo contaron en colores</i> ,	60
Marcelo Guerrieri / <i>Es todo cuanto puedo dar</i> ,	62
Patricia Suárez / <i>Claridad</i> ,	72
Cynthia Orensztajn / <i>Carta a un soldado</i> ,	82
Alejandra Kamiya / <i>Cosas que no sé</i> ,	84
Eduardo Sacheri / <i>El silencio del pescadero</i> ,	90
Costhanzo / <i>Bajo fuego</i> ,	96
Gustavo Murillo / <i>Una odisea (el camino más largo)</i> ,	98
Sergio De Matteo / <i>Niebla de guerra</i> ,	102
Nicolás Arispe / <i>La batalla de Monte Longdon</i> ,	110
Viviana Ayilef / <i>El portero de la escuela</i> ,	112
Silvia Mellado / <i>Retales</i> ,	118
Pablo Bernasconi / <i>Contrapunto</i> ,	124
Natalia Ferreyra / <i>Como si acá no hubiera pasado nada</i> ,	126
Leo Oyola / <i>Los ojos más lindos de Isidro Casanova</i> ,	132
Raquel Cané / <i>Monstruos y titiriteros</i> ,	136
María Pia López / <i>La provincia de la infancia</i> ,	138
Láminas,	145



Ariel Williams

Nació en Trelew, 1967. Es Licenciado en Letras (UBA). Fue miembro fundador de la revista *El perseguidor* y codirigió la revista virtual *Verbo Copihue*, *Letras Patagónicas*. Publicó, entre otros, los libros de poesía *Viaje al anverso*, *Lomasombra*, *Conurbano sur*, *Los fronterantes* —obtuvo una Mención en el Concurso de Poesía Olga Orozco—, *Notas de una sombra* y las novelas *Daier Chango*, *Los niños asesinos* y *La era de Paso de Caballo*.

La noche de los focos

Miedo y burla

Cuando tenía nueve años, me desperté una mañana y vi que había un soldado con una ametralladora parado al lado de mi cama. Era 1976. Los militares estaban allanando nuestra casa. No tuve miedo en ese momento, porque apenas comprendí lo que estaba sucediendo. Pero poco a poco, en los meses siguientes, sentí cómo se instalaba en nuestra vida un clima de opresión que duró años. Sufrimos otro de esos allanamientos y, además, se terminaron las reuniones y las cenas. Nuestra casa, que era grande, en los fines de semana solía llenarse de los amigos de mis padres, que venían con sus hijos: se encendían las lámparas del living y una mesa larga que había allí era cubierta por botellas, ensaladeras, salamines y camperas, se ponía música en el tocadiscos. Recuerdo la emoción que me producía escuchar un disco de Iván Rebhoff, que mi papá amaba y ponía temprano, cuando empezaba a cocinar. Antes y después de la cena, los chicos jugábamos afuera, en la noche, y muchas veces nos sentábamos alrededor de los adultos a escuchar la conversación, que nos fascinaba.

Pero de golpe ya no vino nadie, ya no hubo cenas de amigos, ya no hubo conversaciones ni gritos ni risas de chicos, y el living se convirtió en un lugar oscuro y frío, siempre cerrado, donde a mis hermanos y a mí nos daba miedo entrar. Pasó un tiempo hasta que aprendimos a habitar ese living de otra manera. Eso ocurrió cuando, durante nuestra preadolescencia, descubrimos, en la pila alta que había al lado del equipo de música, los discos de The Carpenters y The Beatles.

En esos días de los allanamientos de 1976, adoptamos a una perra y un perro que andaban dando vueltas por el barrio. Como una forma doméstica de protesta y de burla ante la situación que estábamos viviendo, mi papá los llamó “Represión” y “Allanamiento”. Esos nombres sonaban demasiado serios y enormes para los dos perritos, que eran petisos y tenían patas cortas y un cuerpo esmirriado, lleno de pelos blanco-amarillentos y desperejos. Y creo que ese contraste aumentaba el efecto de la burla de mi papá. Para nosotros, los chicos, “Represión” y “Allanamiento” eran bastante difíciles de pronunciar, así que a la perrita (que fue la que más años vivió) terminamos llamándola simplemente “perra”. Pero mi mamá continuó usando sus nombres y, cuando iba a darles de comer, abría la puerta del patio de atrás y gritaba:

“¡Represióón!, ¡Allanamientooo!, ¡Represióón!, ¡Allanamientooo!” Como lo hacía cotidianamente, hubo un momento en que ya no se daba cuenta de lo que estaba gritando ni del peligro que eso podía significar si alguien la escuchaba. Así que todos los mediodías, en el patio trasero de mi casa, ocurría una pequeña manifestación de protesta.

En mi experiencia, durante los años de la dictadura, esta doble temperatura social se solapaba de manera permanente: por un lado, la opresión y el miedo, instalados casi como un modo de vida (el bajar la mirada al cruzarse con la policía, la sensación de que se podía ser acusado de algo en cualquier momento...), y por otro lado, la burla soterrada, la parodia simulada. Yo lo vivía en mi casa y también lo experimenté muy fuertemente cuando ingresé al secundario, que cursé en el Colegio Nacional de Trelew. Allí, como en todos los colegios del país, imperaba un orden autoritario: el rector, los preceptores y los profesores (salvo excepciones, que las hubo) eran figuras distantes e incuestionables, con una autoridad que se sostenía en el miedo y en la represión. Y ellos sobreactuaban esa autoridad incluso cuando los alumnos nos dábamos cuenta de que muchos de los profesores no sabían nada o no tenían idea de cómo enseñar, de que el rector era un hombre envarado y bastante necio, de que los preceptores dejaban mucho que desear. Pero, por detrás del ambiente represivo que imponían, circulaba un discurso secreto que se burlaba de ellos poniéndoles sobrenombres, imitándolos paródicamente, detectando sus tics, sus fallas y sus errores, buscándoles parecidos con personajes ridículos (a una preceptora especialmente odiada, alguien con mucha malicia le había puesto “Condorito”, apelativo que, con el uso, derivó en “La Cóndor”).

La guerra

Fue una mañana, estando en clase, que nos enteramos de la recuperación de las Islas Malvinas. Yo tenía quince años. La profesora de Formación Moral y Cívica entró al aula y nos comunicó lo que había pasado. Nos dijo que escribiéramos unas palabras al respecto. En el acto que se realizó más tarde, me tocó leer lo que había escrito. El mes que transcurrió entre ese 2 de abril y el inicio del ataque británico a las Malvinas se siente en mi memoria como un tiempo muy largo, parece haber durado más de treinta días. Era como si la espera de la guerra hubiera estirado el tiempo y como si, mientras tanto, nada estuviera ocurriendo. Esa espera impregnaba todo lo que hacíamos y lo que sucedía en nuestra vida cotidiana, y parecía ser lo único que existía.

Pero, además, los militares se aseguraron de que la guerra se metiera en nuestros días. En el colegio, por ejemplo, tuvimos que organizar lo que se haría en caso de que la ciudad de Trelew fuera bombardeada. Cada curso distribuyó ciertos roles (quién

abriría la puerta del aula, quiénes correrían la mesa de los profesores para que no obstaculizara el paso de los compañeros que estaban en la fila de bancos pegada a la pared opuesta a la de la puerta) y también se dispuso cuál sería el orden de salida. Hubo prácticas de evacuación de las aulas: los cursos iban saliendo según un plan preestablecido y se iban ubicando en lugares “seguros” previamente designados. A mi curso le tocaba formar con otros grupos en un pasillo de la planta baja que corría entre unas aulas y la portería y los baños. Una vez que nos habíamos puesto en fila allí, teníamos que arrodillarnos, inclinar el cuerpo hasta que la frente tocara el suelo y poner las manos sobre la nuca. No sé cómo nos protegerían de las bombas nuestras manos cubriendo la nuca... pero así se hacía. En los barrios de la ciudad, también comenzaron las “prácticas de oscurecimiento”. Aunque en ese momento lo tomábamos con gran seriedad, al recordarlo desde la distancia, no puedo evitar la sensación de que todo esto que se hacía era extremadamente ridículo: eran otras de las tantas pantomimas que se nos obligaba a realizar cotidianamente durante los años de la dictadura.

Empezaron a llegar las noticias de la guerra. Mi familia las seguía con gran atención. Yo creía en lo que decían los comunicados del gobierno de facto y en lo que se narraba en los noticieros o se publicaba en revistas como *Gente y Somos*, que leíamos los domingos en la casa de mi abuela materna. Fui tan ingenuo, que hasta creí aquella historia del avión Pucará atacando y dejando fuera de combate al portaviones Hermes. Leí y releí hasta el cansancio el relato que había aparecido en una revista, y miraba, admirado, el dibujo que acompañaba al texto: un Pucará que se dirigía solito, volando casi pegado al mar, hacia el enorme barco, recortado al fondo contra el horizonte.

En paralelo, yo seguía los preparativos para el campeonato mundial de fútbol que se iba a jugar en España. Y creo que la palabra “paralelo” describe bien la situación, tal como la vivíamos. Era como si pudiéramos conectarnos con una realidad a la vez (la de la guerra, la del mundial de fútbol) sin que ambas se cruzaran. A pesar de eso, hubo un momento en que esas paralelas se tocaron en una imagen y un sentimiento final que describiré más adelante.

Las prácticas de oscurecimiento

Ya habíamos oído hablar sobre el oscurecimiento de las ciudades en los documentales de la guerra mundial que pasaban por televisión. Ante una alarma de bombardeo, se apagaban todas las luces de la ciudad y se suponía que, de esa manera (si no había luna llena), al enemigo le sería más difícil ubicarla y bombardearla. Por supuesto, eso tal vez fuera verdad en el contexto tecnológico de los años '40, pero

de ninguna manera para 1982. Sin embargo, en Trelew nadie se dio cuenta del anacronismo (o, si alguien lo percibió, no dijo nada), así que, cuando informaron que se realizarían, todo el mundo se comprometió seriamente con las prácticas de oscurecimiento. En las casas, las ventanas eran cubiertas con frazadas o con cartulinas y, para que la luz no fuera tan nítida, se iluminaba el interior con velas o con faroles a kerosene. En cada barrio se había designado a un vecino para controlar que, desde afuera, no se viera la luz que se estaba utilizando. Si una persona tenía que ir a algún lado en automóvil, debía atenuar las luces cubriendo los focos con papel. Estas prácticas eran anunciadas con anticipación para que la gente estuviera preparada y, cuando se iniciaban, en la ciudad sonaba una sirena de alarma que se transmitía también por la radio.

El *leitmotiv* con el que se difundían era: “La vida debe continuar normalmente durante el oscurecimiento”. Y se suponía que uno tenía que seguir haciendo lo que hacía siempre, mientras afuera estaba todo oscuro. Ahora me suena como una gran metáfora de lo que fue la dictadura militar. Pero, a pesar de ese *leitmotiv*, los chicos nos quedábamos expectantes, con una sensación rara en nuestros estómagos, como si el oscurecimiento mismo fuera a invocar a los aviones ingleses y sus bombas. Y también, simultáneamente, lo vivíamos como una especie de gran juego en el que participaba toda la ciudad.

La noche de los focos

Pero hubo una noche en la que sonó la alarma de bombardeo sin que se hubiera anunciado una práctica de oscurecimiento. Y entonces sucedió algo más: angustiados, vimos cómo se apagaban todas las luces de Trelew mientras que las de nuestro barrio quedaban encendidas.

Para dar una mejor idea de lo que vivimos esa noche, tengo que describir someramente el barrio. Este se había construido en una vieja chacra con hermosas arboledas que había sido loteada. El loteo tenía una entrada recta de más o menos trescientos metros de largo (a ambos lados de la cual había casas o terrenos) y esta desembocaba, a través del puente que cruzaba el canal de riego, en la parte más importante del barrio, que tenía una forma relativamente circular. Una sola calle recorría ese perímetro de unos ochocientos metros. Tanto en ella como en la recta de entrada había postes de luz puestos a una distancia regular, los cuales producían una iluminación bastante mortecina. El barrio estaba ubicado a tres kilómetros de Trelew, así que, a la noche, podíamos ver las luces de la ciudad por entre los árboles. La antigua casa de la chacra estaba en un gran terreno abandonado que quedaba al lado del nuestro. En ese terreno, había una hilera larga de enormes sauces llorones y sauces mimbre a la que los chicos llamábamos “La Selva”. Ahí jugábamos todas las tardes.

Cuando sonó la sirena de alarma sin que se hubiera anunciado una práctica, creímos que esa vez Trelew iba a ser atacado de verdad. Recuerdo que yo estaba acostado en mi cama leyendo cuando escuché que la programación que mi mamá había puesto en la radio era interrumpida por el sonido agudo de la alarma. Mi papá no estaba en casa; creo que se hallaba realizando alguno de sus viajes de trabajo. Mi mamá nos gritó: “Chicos, agarren frazadas, que nos vamos a ‘La Selva’”. Seguramente creyó que, durante el bombardeo, escondernos entre los sauces del terreno de al lado era más seguro que estar debajo de un techo. Así que hicimos lo que nos había dicho y corrimos hacia “La Selva”. Al salir, vimos cómo se apagaban las luces de Trelew. Pensamos: “Bueno, ahora van a apagar también las nuestras”. Pero pasó un rato y no ocurrió. Y entonces dijimos: “Estos nos dejaron de señuelo para que los ingleses tiren las bombas acá”. Para ese momento, todos los vecinos se habían dado cuenta de lo que pasaba y habían salido a la calle. Los chicos del barrio nos juntamos en el puente que atravesaba el canal de riego y, después de deliberar un rato, decidimos que, para protegernos, íbamos a romper los focos de iluminación de las calles. Lo extraño de esta situación es que fuimos nosotros los que actuamos y que los adultos no dijeron nada o simplemente acompañaron. Así que empezamos a tirarles piedras a los focos. Pero se hacía difícil acertarles, porque los postes eran altos y, al tener que tirar las piedras hacia arriba, no podíamos hacerlo con la puntería y la potencia adecuadas. Así que los que teníamos gomeritas las fuimos a buscar a nuestras casas y uno de los vecinos le alcanzó a su hijo un rifle de aire comprimido. No dejamos un solo foco de la calle entero.

Y, en algún momento, lo que estábamos haciendo se convirtió en una diversión o, mejor, casi fue una fiesta: la fiesta de romper, la fiesta de dejar de creer. Ya nos habíamos olvidado de la amenaza de bombardeo. Algunos padres nos seguían, y todos celebrábamos los tiros que acertaban. Era la fiesta de romper, pero también era la fiesta de dejar de creer porque, mientras reventábamos los focos, de alguna manera vislumbramos que todo era una pantomima ridícula. Primero, las prácticas de oscurecimiento: se nos hizo evidente de golpe que los ingleses no iban a bombardear las ciudades (y entonces, ¿por qué nos hacían oscurecer nuestras casas?, ¿por qué teníamos que prepararnos en los colegios por si caían las bombas sobre Trelew?), empezamos a intuir que nos habían estado mintiendo; en segundo lugar, esa sospecha se trasladó a lo que los medios nos venían diciendo sobre la guerra: creo que esa noche, de alguna forma, oscuramente, comenzamos a saber que lo que se avecinaba era una derrota. Todas estas ideas se esbozaron de manera vaga en nuestras cabezas, y las vivíamos un poco inconscientemente al romper los focos de la calle. Se trató más de una toma de conciencia en acto que efectuada en el pensamiento. Sin embargo, estoy

seguro de esto: la fiesta de romper era una especie de protesta, el miedo a ser bombardeados se transformó, esa noche, en otra oportunidad para reírnos y burlarnos de los dictadores. Fue como decir: “Ahora ya sabemos que los aviones ingleses no van a atacarnos, y por lo tanto no sería necesario el oscurecimiento, pero ya que estamos metidos en este juego te rompemos todos los focos de la calle”.

Esa fue la última vez que la ciudad apagó sus luces. Al parecer, después de la falsa alarma, el gobierno había aceptado el hecho de que ya nadie se creía que era necesario hacer oscurecimientos. Al día siguiente, los empleados de la Cooperativa Eléctrica de Trelew repusieron los focos que habíamos reventado. Nunca vinieron a hacer un reclamo al barrio.

La derrota y una imagen de Maradona

Cuando vuelvo con la memoria al final de la guerra, no encuentro imágenes de la derrota. No recuerdo haber visto, en 1982, fotografías o filmaciones de los soldaditos prisioneros de los ingleses ni de la rendición del ejército argentino. Es posible que se hayan borrado porque eran demasiado dolorosas. Sí recuerdo la desazón que había en todos lados, la terrible incertidumbre, las caras de angustia de mis padres. Aunque se vivía un clima de caída de la dictadura, no sabíamos que esta se iba a producir tan rápido y que, un año después, íbamos a estar escuchando los discursos de campaña de Raúl Alfonsín.

Un día antes de que se produjera la rendición en las Islas Malvinas, la selección argentina jugó por primera vez en el mundial de España. El resultado fue Bélgica 1 – Argentina 0. Diecinueve días más tarde, en el partido en que nuestra selección perdió 3 a 1 con Brasil, Maradona le dio una patada en el estómago a Batista, un jugador brasileño, y el árbitro le mostró la tarjeta roja. Fue en esa salida de Maradona de la cancha, cabizbajo, desolado, que se cruzaron en mi cabeza la guerra de Malvinas y el mundial de España: es la imagen que me quedó de la derrota; se superpuso a la otra derrota que no recuerdo haber visto en los medios o que el dolor borró de mi cabeza, y de alguna manera se identificó con ella.